

nadador, se arrojó con los suyos al río donde la corriente era mas rápida y los remolinos mas profundos. Apenas habian llegado á la otra orilla cuando Arminio fingiendo huir atrajo á los bátavos á un claro del bosque á cierta distancia y abierto solo del lado del río. Allí los germanos, puestos en emboscada, se arrojaron sobre los temerarios bátavos por tres costados; los bátavos retrocedieron; pero el enemigo les cortó la retirada obligándolos á formar círculo para defenderse contra los ataques de cerca y los proyectiles que llovian sobre ellos de léjos. El valiente caudillo hizo con sus hombres mas escogidos continuas salidas fuera del compacto núcleo de su caballería lanzándose contra los enemigos donde mas espesos estaban, pero al fin cayeron él y su caballo atravesados de gran número de dardos y muchos de sus nobles con él hasta que el resto despues de una tenaz defensa fué socorrido y libertado por la caballería romana.

Entonces concluyó Germánico los puentes y pasó el río, quizás cerca de Rinteln, y construyó al otro lado su campamento. Presentóse luego un desertor diciendo que allí mismo pensaba Arminio sorprender á los romanos asaltando el campamento de noche, y que en la selva próxima, donde se veneraba al dios Hércules, que seria el dios Donar de los germanos, se hallaban reunidos además de los cheruscos otros pueblos sus aliados. Otros exploradores que habian podido aproximarse á la selva decian haber oido relinchos de caballos y el ruido de una confusa multitud de gente armada. Convencióse el general de que era inminente una batalla decisiva y quiso asegurarse del estado de ánimo de sus soldados, pero ¿cómo hacer para saber la verdad desnuda? Los partes de los tribunos y centuriones eran favorables, pero no le merecian mucha confianza; los amigos pecaban de aduladores y los libertos mentian como esclavos. Una reunion de todo el ejército no podía dar mas resultado que el asentimiento de las masas á lo que les propusieran los pocos que les dirigian la palabra; únicamente era posible saber la verdad pudiendo oír las conversaciones que los soldados tenian entre sí, por ejemplo cuando estaban comiendo; entonces cada uno expresaba sus sentimientos ya de temor ya de esperanza ó de entusiasmo. Resolvió pues Germánico disfrazarse y asegurarse por sí propio de la opinion de su gente. Cubierto de una simple piel y acompañado solo de un confidente recorrió á la entrada de la noche las calles del campamento parándose y escuchando junto á lastiendas donde oía conversacion, y tuvo la grandísima satisfaccion de oír de boca de sus guerreros las mayores y mas sinceras alabanzas de su persona. El uno ensalzaba su magnanimidad, el otro su hermosura, quién su afabilidad siempre igual, estuviese de buen ó de mal humor, quién su longanimidad; otros decian que era menester probarle la gratitud del soldado en la batalla, y matar como animales de sacrificio en aras de la gloria y de la venganza á aquellos salvajes traidores que no respetaban ningun convenio ni alianza. En esto acercóse al campamento un germano montado en brioso caballo gritando en latin á los de adentro que Arminio prometia á cada desertor de los romanos 100 sestercios diarios de sueldo durante la campaña y luego tierras y mujeres. Esta vergonzosa proposicion irritó á los legionarios que contestaron que pronto vendria el día y el general les permitiria entonces pelear; con lo cual el ejército conquistaria el territorio y las mujeres de los germanos, pues que el jefe les habia prometido como botin las familias y todo lo que tenian los enemigos. Así pensaban y auguraban.

Al tercer cuarto de guardia trataron los germanos de introducirse en el campamento por sorpresa, pero se retiraron al ver que las cohortes estaban en todas partes alerta.

Considerando Germánico la proposicion del emisario de Arminio y la contestacion de los soldados como un buen agüero,

y animado por otros auspicios favorables, reunió en la madrugada el ejército, al cual arengó con mucha habilidad en vista de la inminencia de una batalla, diciendo que para el guerrero romano el terreno favorable para un combate no era solamente el terreno llano y abierto, sino que eran tambien posicion buena los bosques y matorrales, pues que debajo de árboles y entre matas no podian los bárbaros manejar bien sus desmesuradas lanzas ni sus colosales escudos, siendo en cambio ventajosísimas la espada corta romana, el pequeño dardo arrojadizo, la coraza y loriga de las piernas para proteger el cuerpo. Recomendóles hiciesen buenas descargas de sus saetas y dardos; que hiriesen con las espadas cortas al enemigo en la cara que no podia cubrir; que los germanos no gastaban cascos ni coraza y que sus escudos no estaban reforzados ni con hierro ni con cuero, siendo un simple tejido de mimbres ó hechos de tablitas delgadas y pintados de color oscuro. Únicamente la primera fila llevaba puntas de metal en las lanzas y las otras tenian solo picas pequeñas, armas arrojadizas de madera con las puntas endurecidas simplemente al fuego; que sus cuerpos eran imponentes, de aspecto feroz y buenos para un ataque repentino, pero que no sabian resistir una vez heridos. Ignoran, dijo, lo que es vergüenza, deshonra y obediencia, por cuya razon salen de las filas y abandonan la batalla sin cuidarse de los jefes; en la fortuna no conocen ni ley divina, ni humana, ni derecho de gentes, y en la adversidad perdian todos sus bríos. Si los guerreros romanos cansados de marchas por tierra y por mar deseaban ver concluida esta guerra, entonces era la ocasion de acabarla, pues que ya se hallaban mas próximos al Elba que al Rhin, de modo que obtenida una gran victoria decisiva no habia ya espacio para nuevas batallas. Convenia pues, que los soldados por esta vez le ayudasen á alcanzar la victoria, á él que allí seguia las huellas de su padre y pisaba el terreno donde Druso habia alcanzado sus lauros.

Este discurso inflamó el entusiasmo de los soldados y Germánico dió la señal de empezar el combate.

Arminio y los demás caudillos cheruscos arengaron tambien á los suyos diciendo: «En estos romanos teneis los fugitivos mas corredores de la batalla de Varo; se amotinaron para que no los volviessen á llevar á la guerra; una parte lleva heridas en las espaldas, y otra está atropellada por la tempestad y las rompientes del mar; de este modo viene á ponerse otra vez en frente de nosotros sin confianza y maldecidos por los dioses germánicos. Han venido por mar donde no hay camino señalado á fin de que no impidiésemos su llegada ni su huida; pero venga el combate y no les valdrán ni remos ni velas. Acordaos, añadió, de la codicia, crueldad é insolencia de estos romanos, y pensad que no os queda otra alternativa mas que sostener vuestra libertad ó morir antes de perderla.»

Encendidos con tales palabras de coraje, deseosos de pelear fueron llevados contra el enemigo.

El llano destinado á ser teatro de la lucha se llamaba Idistaviso, nombre que Grimm, sin fundarse mas que en su inspiracion poética, se complace en derivar de Idisio-viso ó sea el prado de la diosa de la selva. No están de acuerdo las opiniones sobre su situacion; pero la mas moderna y mas probable es la que situa este llano cerca de Dueren y Bueckeburg. Era una ribera de anchura variable entre las montañas y el río, segun que aquellas se aproximaban mas ó menos á la orilla. A distancia y á espaldas de los germanos alzábanse bosques de árboles elevados sin ningun monte bajo á sus piés. En estas alturas estaban los cheruscos, y en el llano, á la márgen del bosque los otros bárbaros formados en línea de batalla, debiendo bajar los cheruscos cuando los romanos se hallasen empeñados ya en la pelea.

Germánico por su parte dispuso sus tropas de modo que marchando adelante pudiese tambien servir el órden de marcha de órden de batalla. A la cabeza iban los cuerpos auxiliares compuestos de galos y germanos. A estos seguian arqueros de á pié, y detrás de ellos cuatro legiones seguidas del general en jefe con las dos cohortes pretorianas y una division de caballería escogida. Esto venia á ser el centro de todo el ejército. La segunda parte se componia de las otras cuatro legiones con los cuerpos de infantería y caballería ligeras, entre ellas los arqueros montados, y luego, los contingentes de los pueblos aliados divididos en cohortes.

El ímpetu feroz y desordenado, y la ninguna obediencia á las disposiciones de Arminio, volvieron á perder entonces



Honderos germánicos precipitándose fuera de un bosque indicado por un árbol; copia de los relieves de la columna de Marco Aurelio

á las huestes germánicas, distinguiéndose en primera línea los mismos cheruscos que, sin escuchar los consejos y órdenes de su jefe, se lanzaron á la llanura para atacar cabalmente á los escuadrones mas fuertes. Cuando vió esto el César, dió al momento órden á Estertinio de que con los escuadrones restantes atacase á los germanos por el flanco y diera luego un cuarto de conversion para atacarlos por la espalda, prometiéndole que en el momento oportuno él le apoyaria. En esto se vieron en el aire ocho águilas volando hácia el bosque donde desaparecieron. Al ver el general este brillante augurio que correspondia tan exactamente á las ocho legiones, gritó á las tropas: «¡Bien, adelante, vamos adonde van las aves de Roma; seguid á los dioses protectores de las legiones!» Atacó entonces la infantería á los germanos de frente, cuando cabalmente Estertinio los embestia con su caballería por la espalda y los flancos. La confusion y el desórden fueron instantáneos. Los que estaban delante de la selva huyeron metiéndose dentro y los que se vieron ata-

cados por la espalda por la caballería se precipitaron al llano. Los cheruscos que habian quedado con Arminio en el cerro fueron empujados hácia abajo, donde Arminio logró sostener un rato el combate, dándose á conocer tanto por su voz como por su valor y hasta por una herida. Arrojóse sobre los arqueros entre los contingentes auxiliares galos y germánicos y las cuatro legiones primeras, cuyas líneas habria roto á no volverse otra vez contra él las valientes cohortes galas, retias y vindelicias. Gracias á su valor, á la velocidad de su fiel caballo y á la estratagema de haberse embadurnado el rostro con sangre, lograron evadirse de la pelea Arminio é Inguiomero. Hubo quien dijo que Arminio debió su libertad á la generosidad de los caucos que militaban en las filas romanas y que le conocieron y le dejaron escapar: lo cual prueba que pudo mas la admiracion hácia el héroe popular que la obligacion del servicio, impuesto medio á la fuerza. Ellos escaparon, pero la multitud de los infantes murió degollada. Muchos de los refugiados en el bosque, no pudiendo internarse otra vez, quisieron llegar al Weser para atravesarlo, huyendo en direccion del Noroeste; pero los proyectiles romanos, la fuerte corriente y finalmente la arena movediza de la orilla que cedió bajo el peso de los que allí se acumulaban y se aplastaban mutuamente, acabaron con ellos. Algunos hubo que no viendo otra salvacion, se encaramaron á los árboles con la esperanza de ocultarse entre el follaje y las ramas, pero no consiguieron mas que servir de diversion á los arqueros romanos que derribaron á unos á flechazos y á otros hicieron caer y aplastarse entre las ramas cortando los árboles donde se habian acogido.

Fué aquella una victoria grandísima alcanzada con insignificantes pérdidas. Desde las diez de la mañana hasta cerrar la noche duró la matanza de los vencidos; en una extension de 10,000 pasos estaba el suelo cubierto de cadáveres y de armas, encontrándose entre el botin tambien las cadenas con que los germanos pensaban llevarse á los prisioneros romanos. El ejército aclamó entusiasmado en el campo de batalla al emperador Tiberio, puesto que era ya emperador; luego construyó un elevado terraplen y sobre él un monumento de victoria, hecho con las armas conquistadas, y en el cual se inscribieron los nombres de los pueblos allí derrotados.

Añade á esto Tácito en su estilo retórico que el aspecto de este monumento irritó á los germanos mas que las heridas recibidas y mas que el recuerdo de las víctimas y de las colosales pérdidas sufridas; tanto que hasta aquellos que despues de la derrota habian resuelto evacuar los territorios de la cuenca del Weser; para establecerse al otro lado del Elba, pidieron de nuevo ser conducidos contra el enemigo; y empuñando las armas, viejos y jóvenes, nobles y plebeyos, se arrojaron repentinamente sobre el cuerpo de vanguardia del ejército expedicionario que se dirigia probablemente hácia el curso superior del Elba, llevando la confusion á sus filas. De esto puede inferirse, cualquiera que fuese la impresion producida, segun Tácito, por la vista de los trofeos en el ánimo de los germanos, que la grandísima derrota que acababan de experimentar no habia quebrantado su valor; que á pesar de tan inmensas pérdidas, podian repetir el ataque y no sin resultado, y que las fuerzas reunidas por Arminio eran considerabilísimas. De este segundo combate habla el citado historiador en términos mucho mas modestos, porque no concluyó por una victoria decisiva de las armas romanas.

Los germanos tenian la ventaja de poder elegir el terreno de la lucha pues que podian atacar al enemigo durante la marcha y con frecuencia no habia mas que un camino transitable para un ejército. Eligieron pues un sitio rodeado de

bosques y limitado en un lado por el río, cuyas orillas las legiones seguían todavía en dirección del Sudeste conforme se desprende de la proximidad de los angrivaros. Allí en medio de selvas vírgenes había una llanura angosta y húmeda; las selvas estaban igualmente rodeadas de pantanos, menos por un lado, quizás el del Sudeste, donde los angrivaros habían elevado á guisa de muralla contra la invasión de los cheruscos un dique ó terraplen ancho y alto, que cerraba transversalmente el paso á los romanos. El ejército romano halló este dique ocupado por la infantería germana, es decir, por la gran masa de sus fuerzas, hallándose oculta la caballería en los bosques de alrededor para coger á las legiones por la espalda tan luego como hubiesen penetrado en aquel reducido llano.

Germánico supo todo esto por sus exploradores: la topografía del terreno, la colocación de las fuerzas del enemigo y la emboscada; y en su consecuencia tomó sus disposiciones para coger á los germanos en sus propias redes. Encargó al legado Seyo Tuberon que pasara el llano pantanoso con la caballería; y dividió la infantería en dos cuerpos; el primero á las órdenes de varios legados, tenía á su cargo la parte más fácil de las operaciones, es decir, la de penetrar por el llano en la selva y entretener á los enemigos apostados allí, mientras al segundo cuerpo, conducido por Germánico mismo, tocaba el trabajo más rudo, la toma del dique á fin de despejar el camino para el ejército. Sin dificultad penetraron los legados con sus fuerzas en el bosque, pero los del dique rechazaron el asalto; sus proyectiles y armas hicieron un terrible destrozo entre los que intentaban subir la escarpada pendiente. Germánico reconoció su error, y haciendo retirar las legiones mandó adelantar las balistas y los honderos. El efecto fué el deseado; las pesadas picas arrojadas con las máquinas, derribaron con su certera puntería á los defensores que más se distinguían por su elevada estatura, lujosas armas y arrojo; las legiones dando un segundo asalto limpiaron el dique de enemigos y los persiguieron con las cohortes pretorianas que el general condujo en persona hasta dentro de la selva del otro lado, donde se empeñó un reñidísimo combate. No sucedió allí como en la batalla primera en la que la resistencia de los germanos acabó á la primera arremetida, sino que las masas arrojadas del dique volvieron á reunirse junto al bosque oponiéndose tenazmente á todo ulterior progreso del enemigo. Hubo una lucha prolongada en la que ambas partes combatieron cuerpo á cuerpo, y ambas estaban convencidas de que allí estaba el éxito de la jornada. El valor de los bárbaros no cedía en nada al de los legionarios, pero el armamento superior de estos, y la topografía desfavorable á los germanos, decidieron finalmente la victoria en favor de los romanos. Los bárbaros no podían manejar sus largas lanzas en la espesura ni ejecutar sus acostumbrados brincos hacia adelante y atrás en el angosto espacio que dejaban las matas y su propio número; allí habían de luchar en densa línea, mientras que los legionarios se defendían con sus escudos, sus cortas y bien manejadas espadas y no perdían un solo golpe en los anchos cuerpos y caras descubiertas de los germanos que cubrían á montones el suelo. Arminio se hallaba impedido por la herida recibida antes y rendido por los esfuerzos hechos; Inguiomero estaba en todas partes recorriendo y animando las largas filas; pero si no abandonó á ninguno el valor, les abandonó la fortuna. Los romanos pasaron sobre los cadáveres adelante; Germánico se quitó el yelmo á fin de que sus tropas le conociesen mejor en medio de las masas victoriosas y les gritó: «Matad, muchachos, os lo suplico, no necesitamos prisioneros; la guerra no concluirá sino cuando todo el pueblo germánico quede exterminado.» Estas palabras envolvían el presentimiento y la profecía

del porvenir. Así se fué dominando poco á poco la resistencia de los defensores del bosque. A la caída de la tarde retiró el general una de las legiones para construir el campamento, y las otras continuaron su sangrienta tarea hasta que la noche vino á ponerle término, por lo cual se ve que continuó hasta entonces la resistencia de los germanos. Confiesa luego Tácito que en la otra parte del campo de batalla, en el llano pantanoso, quedó la victoria indecisa entre la caballería romana y la germánica; de modo que toda la batalla en la frontera de los angrivaros (dada á fines de agosto) no fué una victoria como la de Idistavio, conforme lo patentizan también los sucesos que ocurrieron inmediatamente después de la lucha. El general pasó revista á sus tropas, elogió su comportamiento y levantó un trofeo con esta orgullosa inscripción: «El ejército del César Tiberio, después de vencer á todos los pueblos entre el Rhin y el Elba, consagra este monumento á Marte, á Júpiter y á Augusto.» Omitió aquí su nombre ó por no aumentar la envidia del emperador, ó porque le bastaba la conciencia de sus propios hechos. Los angrivaros, después de la retirada de los otros bárbaros, incapaces ya de defender solos su territorio al saber que Estertinio tenía orden de asolarlo, tomaron el partido de someterse y pudieron salvarlo de la destrucción. Después de estas dos victorias, se creyó necesaria la retirada de todo el ejército.

Bien debía conocer Germánico que á pesar de la inscripción era imposible recoger los frutos de sus colosales esfuerzos, consolidar en todo el país entre el Rhin y el Elba el dominio de Roma y trasformarlo por medio de líneas de fuertes en provincia del imperio. ¡Ni siquiera llegó hasta el Elba!

Proféticas fueron aquellas palabras que dirigió á sus tropas, diciendo que no acabaría la guerra mientras no quedarán completamente exterminados los germanos. La imposibilidad de una ocupación permanente de la Germania al estilo de la Galia, imposibilidad que si no se vió ya entonces, claramente se conoció poco después, vino á ser la más elocuente condenación de la política de conquista de César y de sus sucesores Druso y Germánico. Como los partos, estaban también los germanos destinados á no ser jamás definitivamente sometidos. La fuerza conquistadora de Roma había encontrado su límite en el Este y en el Norte, y solo fué incorporada al imperio posteriormente la Dacia en tiempo de Trajano.

Hubo también de convencerse Germánico muy pronto y con mayores pérdidas que en el año 15, de que el ataque de la Germania por el lado del mar, á pesar de innegables ventajas para el comienzo de la campaña, tenía para su conclusión gravísimos peligros.

El verano que iba á su fin aquel año (corrían los últimos días de agosto), hacía más necesario un pronto regreso de la expedición marítima que de la terrestre. Solo algunas legiones tomaron el camino de tierra, probablemente por la costa en lugar del interior bravío, para volver á sus cuarteles de invierno junto al Rhin en Vétera: el grueso del ejército bajó con Germánico el Ems hasta el mar utilizando la escuadra. Ya en el mar, fué todo bien al principio; el tiempo era bonancible y los mil buques navegaban plácidamente hacia la embocadura del canal de Druso; pero muy pronto cubrióse el cielo de negras nubes cargadas de granizo; la borrasca soplaba tan pronto en una dirección como en otra; ráfagas de viento se sucedían y se cruzaban; las tinieblas hacían perder el rumbo á los buques; las tropas terrestres, nuevas en el mar, se espantaron, y queriendo ayudar embrollaban con su torpeza las maniobras de los marinos prácticos y de los tripulantes. Luego descargó una horrible tem-

pestad desde el Sur, ó mejor dicho, probablemente desde el Sudoeste, empujando nubes sobre nubes recogidas del suelo húmedo y de los grandes ríos de la Germania, tempestad mucho más terrible que para nadie para los hijos de Italia por el excesivo frío que sentían, á causa de «su proximidad al polo Norte», dice Tácito. Los buques se dispersaron; los más felices fueron los que la tempestad se llevó mar adentro; otros fueron arrojados contra las rocas ó encallaron cerca de la costa y de las islas; cuando creían haber encontrado una cala y daban fondo, venía la marea creciente aumentada por el viento y rompía las amarras; las olas empujadas descargaban sobre las naves tumbándolas de costado; en vano se esforzaba la tripulación en achicar el agua; viéronse obligados todos para aligerar la carga á arrojar al mar la caballería y el ganado de tiro, los bagajes y aun las armas. Los que no estaban acostumbrados á los temporales del Mar del Norte y al rudo clima de Germania, perdieron su serenidad sabiendo que en la costa les esperaban enemigos y por el lado del mar el Océano, que sin orillas, ni fondo, ni fin, ciñe el disco de la tierra (1). Una parte de la escuadra se fué á pique, otra más numerosa fué arrojada á las playas de islas lejanas é inhabitadas, donde los tripulantes sucumbieron al hambre cuando ya no pudieron mantenerse de los cadáveres de caballos que el mar les arrojara. Las tirremes de Germánico atracaron sucesivamente á la costa de los caucos, donde los amigos del general tuvieron que trabajar mucho para impedir que se precipitara de las peñas al mar, porque no cesaba de acusarse de ser el único autor y culpable de tanta desgracia y de tan incalculables pérdidas.

Por fin cambió el viento y con la marea menguante parecieron buques sueltos, «cojeando» por el número insuficiente de remos ó con mantas tendidas en lugar de velas, ó bien remolcados por los soldados desde los bajíos y bancos de arena. Se recompusieron á toda prisa y de cualquier modo para volver á salir y recoger naufragos registrando las islas, y esta solicitud salvó la mayor parte de la gente; muchos fueron recogidos y devueltos por los angrivaros sometidos recientemente, y que agradecidos habían rescatado á los que, según el derecho de guerra y de playa, habían sido vendidos como esclavos en el interior como procedentes de naufragios. Algunos habían sido arrojados hasta las costas de Inglaterra y fueron devueltos por los jefes de aquel país.

Los que volvieron de países lejanos é ignotos, contaron cosas maravillosas que habían visto ó que espantados habían creído ver; de fabulosos torbellinos en el mar, de aves jamás vistas, de monstruos marinos, de seres que no se sabía si eran personas ó brutos, etc.

Las pérdidas fueron enormes, más de 20,000 hombres sin los buques; y esto explica que corriera la voz de que se había perdido toda la escuadra, voz que llegó también á oídos de los germanos, reanimando sus esperanzas y deseos de renovar las hostilidades. Por lo mismo juzgó Germánico necesario contener sus bríos y enseñarles sin tardanza que la fuerza de Roma no se había debilitado en nada. A este fin mandó en el mismo otoño á su legado Cayo Silio con 30,000 hombres y 3,000 jinetes contra los catos, mientras él con fuerzas aun mayores invadió el territorio de los marsos. Un caudillo de estos últimos, Malovendo, que hacía poco se había sometido, descubrió á los romanos que la única águila que faltaba de las pérdidas en la batalla de Varo se hallaba enterrada en un soto sagrado próximo y guardado por muy

(1) Sacado de Tácito, porque en su tiempo se figuraban la tierra así.

pocos hombres. Al momento mandó un destacamento para atraer al enemigo y hacerle salir del bosque, y otro con orden de penetrar en él por la espalda y hacer las excavaciones necesarias para recuperar la enseña. Ambos movimientos fueron coronados de éxito; y hecho esto, penetró el general en el interior asolando el país y persiguiendo á los enemigos, ya hiciesen resistencia, ya huyesen. Los prisioneros dijeron que jamás había sido tan grande el miedo de los germanos; y no podía ser menos; tan incomparable tenacidad debía producir en el ánimo de los bárbaros una impresión grande, y forzosamente debían convencerse de la imposibilidad de vencer á un enemigo que después de perder una gigantesca escuadra con todo su armamento, y de cubrir las costas con los cadáveres de sus guerreros y caballos, se presentaba acto seguido como si nada hubiese pasado, con el mismo vigor y la misma fiereza y mayor número de combatientes. Con este resultado volvió el ejército á sus cuarteles de invierno contentísimo de haber borrado con una brillante campaña los desastres de la expedición marítima; y su satisfacción fué mayor cuando la liberalidad del jefe indemnizó á los soldados de todas las pérdidas que habían tenido. En el campamento nadie dudaba de que se habían roto los bríos de los bárbaros, que ya se preparaban para solicitar la paz, y que con una sola campaña más en el verano siguiente, quedaría definitivamente terminada la guerra.

Con estas ilusiones consolábase la altivez romana de la conquista fallida; todo el mal se atribuía á la envidia del emperador, que no permitía al vencedor coronar su obra con la completa sumisión de la Germania; pero nosotros podemos también admitir como seguro que por muchas campañas que el imperio hubiese emprendido después de la batalla de Varo, nunca habría logrado ocupar permanentemente el país hasta el Elba; ni hay tampoco que atribuir con Tácito exclusivamente á la envidia del emperador, sino más bien á su previsión política, el hecho de haber dispuesto por entonces que hubiera una tregua en estas guerras germánicas, que sin ensanchar las fronteras del imperio, consumían soldados y dinero. Estrabón dice expresamente que ya Augusto había prohibido á sus generales pasar el Elba y perseguir á los que allí emigraron, porque creía «llevar con más facilidad la guerra que tenían entre manos, si se abstendían de irritar á los pueblos, al otro lado del Elba, que se mantenían tranquilos, y de excitarlos con hostilidades á hacer causa común contra Roma con los pueblos de la orilla izquierda.» En muchas cartas instó Tiberio á Germánico á regresar para celebrar los honores del triunfo que tan merecidos tenía; «basta», decía, las grandísimas victorias y también los desastres;» y le recomendaba al mismo tiempo que tuviese presentes las inmensas desgracias que la tempestad y las olas habían causado á la escuadra y al ejército; que él, Tiberio, enviado nueve veces por Augusto á la Germania había alcanzado más con la política que con la fuerza bruta; que había logrado la sumisión de los sicambros, y obligado, sin emplear la fuerza, á los suevos y su rey Marobodo á vivir en paz, y que ya que se había tomado venganza y lavado la mancha de la batalla de Varo, bien se podía abandonar á los cheruscos á sus disensiones interiores.

A estas reflexiones prudentes contestó Germánico solicitando solo un año más para concluir la obra empezada. El emperador apeló tácitamente á lo dicho ofreciéndole otra vez el consulado, cuyo cargo convenía que desempeñase personalmente y no por delegado, añadiendo que si tan necesario era llevar la guerra adelante, concediese esta ocasión de ganar lauros á su hermano Druso pues que no podía ganar triunfos y el título de imperator sino en la Germania, único país enemigo.